

PETROS MÁRKARIS  
CON EL AGUA AL CUELLO

Traducción del griego  
de Ersi Marina Samará Spiliotopulu

TUSQUETS  
EDITORES

Estoy que me subo por las paredes. A las seis y media de la tarde tenemos que estar en la iglesia. Ya son las seis y cuarto y Adrianí sigue encerrada en nuestro dormitorio con Katerina, dándole los últimos «retoques» al vestido de novia de ésta. Ahora bien, qué arreglos de última hora puede necesitar un vestido que nos costó una fortuna, es algo que no alcanzo a entender.

–¡Fanis se hartará y se irá! –rujo desde la sala de estar.

Como si gritara en el desierto. Vuelvo a caminar de un lado a otro embutido en mi uniforme de gala, sólo que, en lugar de desfilas en la plaza Sintagma, lo hago en mi salón, contando los minutos que faltan para la ceremonia nupcial mientras intento matar el tiempo y, de paso, calmar un poco mi crispación. Para colmo, el uniforme me aprieta como un corsé, ya que me lo pongo en contadas ocasiones.

Estoy convencido de que se retrasan a propósito, para seguir la tradición según la cual la novia siempre hace esperar al novio en la puerta de la iglesia. Y como Katerina no tiene ni idea de esas artimañas, Adrianí ha ido llevándola a su terreno sin que ella se dé cuenta. Hablo por experiencia, porque me hizo lo mismo el día de nuestra boda. Poco me faltó para decirle al sacerdote: «Vayamos empezando, padre, que ya llegará la novia en cualquier momento».

La puerta del dormitorio se abre a las seis y media en punto, es decir, a la hora en que debíamos estar en la iglesia. Katerina lleva el mismo vestido y el mismo velo, y Adrianí, el mismo traje de chaqueta azul con blusa blanca; es decir, que a simple vista no se aprecian «retoques» ni remiendo alguno.

–¿Os dais cuenta de que deberíamos estar ya en la iglesia?  
–pregunto furioso.

–Calma, calma. Llegaremos a tiempo –me tranquiliza Adrianí–. Todas las bodas empiezan con retraso.

Delante de la puerta nos espera el Seat Ibiza, listo y engalanado para llevar a la novia. Hace cuatro meses que lo tengo, pero aún me sorprende verlo en lugar del Mirafiori, que fue sacrificado para la boda de mi hija. Una noche, mientras veíamos la televisión, de repente a Adrianí se le ocurrió que debíamos alquilar un taxi emperifollado para llevar a Katerina al altar.

–¿Para qué queremos un taxi? –pregunté, ingenuo de mí–. Iremos en mi coche.

–¿Pretendes llevar a nuestra hija a la iglesia en esa chatarra?  
–clamó Adrianí–. Y vale, dejando aparte a tu hija, ¿no te da vergüenza aparecer así ante tus colegas? ¿Acaso queda en Grecia algún policía que no tenga, como mínimo, un Hyundai?

No quedaba ninguno. Unos tenían un Hyundai; otros, un Toyota o un Suzuki; algunos, un Opel Corsa. Mi Mirafiori era el único en todo el cuerpo policial. Mis colegas lo llamaban con ironía «password»: así como no se puede poner en marcha un programa en el ordenador sin dar el «password», tampoco se podía arrancar el Mirafiori sin Jaritos.

Adrianí interpretó correctamente mi llamado asentimiento y siguió atacando:

–A veces no te entiendo, Kostas. Se te cae la baba cuando hablas de tu hija. Y ahora que se casa, ¿no merece ella un «plan Renove»? ¿Tan enganchado estás al Mirafiori de marras?

Tenía razón, estaba enganchado. El Mirafiori era carne de mi carne, imposible retirarlo de la circulación. Adrianí, sin embargo, no pensaba ceder.

–Antes iré a la boda en un camión que en el Mirafiori, te lo advierto.

Katerina quiso ofrecer una solución conciliadora, como de costumbre, y propuso ir a la iglesia en el coche de Fanis.

–¿Y quién conducirá? –quiso saber Adrianí.

–Pues Fanis.

–A la novia la lleva a la iglesia su padre, hija mía, no el no-

vio. El padre entrega la novia a su futuro marido; éste no se la trae de casa.

Al final, me convencí de que el Mirafiori tenía ya cuarenta años y que morir de viejo no era lo peor que podía pasarle.

Si con esa decisión se acabaron, o al menos menguaron, mis tormentos psicológicos, mis suplicios como comprador no hicieron más que empezar. No sabía qué coche comprarme. Cuando no sabes, preguntas. Y cuando preguntas, acabas haciéndote un lío.

–Señor comisario, no le dé vueltas. Cómprase un Hyundai –me aconsejó Dermitzakis–. Es la marca que ofrece una mejor relación calidad-precio. Además, la mitad de los policías conduce un Hyundai y nos hacen descuento en los concesionarios.

–No hagas ni caso, ¿eh?, pero ni caso a los que te hablen de coches Hyundai y Nissan –me comentó Guikas–. Si no quieres tener problemas, cómprate un coche europeo. Un Volkswagen o un Peugeot. Eso sí que son coches.

Al final, fue Fanis quien me sacó de dudas.

–Cómprate un Seat Ibiza –me sugirió.

–¿Por qué?

–Por solidaridad entre los pobres. Ahora los españoles y los portugueses tienen problemas, como nosotros. Para los mercados financieros, somos los PIIGGS,\* los «cerdos». Y cada cerdo debe ayudar a los demás, no hacerles la pelota a los tiburones. Quisimos vivir como tiburones y ahora estamos ahogándonos, porque los cerdos no saben nadar. Por eso tienes que comprarte un Seat Ibiza.

Y me compré un Seat Ibiza. El empleado del concesionario miraba el Mirafiori, a punto de jubilarse, como si se tratara de un dinosaurio.

–¿Me permite que le dé un consejo, señor comisario?

–Adelante.

–¿Por qué no lo lleva al Museo Fiat? Le darán más por él.

\* Acrónimo, en inglés, de Portugal, Irlanda, Italia, Grecia, Gran Bretaña y España (Spain), los países europeos cuya economía se ha visto más afectada por la crisis económica y que tienen los mayores déficits presupuestarios. *Pig* en inglés significa «cerdo», de ahí el juego de palabras. (*N. de la T.*)

A continuación entré en un programa de aprendizaje intensivo que duró más o menos una semana. Cada vez que giraba el volante del Seat, ya me veía estampándome contra un poste o un escaparate. Cada vez que pisaba el acelerador, el coche embestía hacia delante como un griego que corre a pedir el cambio. Y es que mi pobre Mirafiori no tenía dirección asistida y, si quería acelerar, yo tenía que pisar el pedal a fondo.

Sea como sea, Adrianí acaba de sentarse a mi lado, dejando todo el asiento trasero a Katerina, para que no se le arrugue el vestido de novia. Katerina y yo queríamos celebrar la boda en la iglesia de la Asunción, a dos manzanas de casa.

–¡Ni hablar! –terció Adrianí–. ¿Cómo van a caber en la Asunción todos los colegas de Fanis y tus compañeros, además de los familiares por las dos partes? La boda se celebrará en San Spiridon y punto.

Cuando entramos en el recinto de San Spiridon, no tengo más remedio que darle la razón, y por partida doble. Para empezar, el exterior de la iglesia está atestado de invitados, entre los que destacan los uniformes de mis colegas. En segundo lugar, como la boda anterior todavía no ha terminado, todos tenemos que esperar fuera de la iglesia.

La gran sorpresa, sin embargo, es la banda de música de la policía que, dispuesta junto a la escalinata, empieza a tocar en cuanto la novia se apea del coche.

–Papá, te voy a matar –me susurra Katerina al oído. Camina cogida de mi brazo y la noto temblar de rabia.

–No he sido yo –le contesto también en susurros–. Ni siquiera se me había ocurrido. –Sin duda, lo de la banda ha sido idea de Guikas, que mañana por la mañana me esperará en su despacho para recibir el agradecimiento de su subordinado.

–Si nos hubiésemos casado el día de la fiesta nacional, ¿habrías sacado la división acorazada? –dice Fanis en el momento de recibir a Katerina.

Pero no todos opinan igual:

–Te felicito, Kostas. La banda es el toque de distinción que hacía falta –comenta Adrianí en tono melifluo.

Pródromos, el padre de Fanis, se acerca entusiasmado:

–Bien hecho, consuegro. Has puesto tu sello personal a la boda.

Acepto los elogios inmerecidos en silencio, algo que ellos interpretan como modestia cuando, en realidad, es un silencio lleno de sentimiento de culpabilidad.

Por suerte, la boda que estaba celebrándose ya ha terminado, Fanis y Katerina suben la escalinata, la banda ataca la marcha nupcial y entramos todos juntos en la iglesia.

Por lo general, cuando hay una boda detrás de otra, las ceremonias no duran más de veinte minutos. El sacerdote mascula a toda prisa la mitad de las plegarias y de los salmos para que la siguiente boda empiece puntual. No es nuestro caso. Los sacerdotes han visto los uniformes y la fanfarria y leen el texto entero, lenta y melodiosamente. Cuando llegamos al «Isaías» han pasado ya tres cuartos de hora. Al final nos ponemos en fila para recibir las felicitaciones de los invitados, que duran media hora más. Como mínimo.

De repente, Zisis aparece ante mí. Lleva un traje pasado de moda y una camisa blanca sin corbata. Ya que conozco la estrecha relación que lo une a Katerina, deduzco que ha sido ella quien lo ha invitado a la boda. Zisis le da un apretón de mano a Fanis y después se acerca a Katerina, que le abraza y le da un beso. Luego viene hacia mí.

–Enhorabuena –dice–. Tu hija es una joya y tu yerno un buen hombre. Te felicito.

Ya ha oscurecido cuando salimos de la iglesia. En cuanto la pareja de recién casados aparece por la escalinata, la banda empieza a tocar otra vez.

Libros de Petros Márkaris  
en Tusquets Editores

ANDANZAS

Noticias de la noche

Defensa cerrada

El accionista mayoritario

Muerte en Estambul

Con el agua al cuello

MAXI

Noticias de la noche

El accionista mayoritario

Muerte en Estambul